DECISIÓN / DISCIPULADO

"SÍGUEME"

Jamás será posible describir y ni aún imaginar, en toda su grandeza, el carácter y el alcance de la misión redentora de Jesucristo. Dejó la gloria y el señorío de los cielos y descendió a esta tierra en una de las horas más negras de la historia, para cumplir con el eterno propósito de salvar al hombre del drama del pecado y sus terribles consecuencias. La raza humana yacía postrada, a la espera de una mano redentora. La fuerza de los césares, la filosofía de los griegos y el formalismo religioso de los judíos habían sido incapaces de levantar a la sociedad de su penosa condición. En esa hora sombría apareció Jesús de Nazaret, para erguirse como la Luz del mundo.

Uno de los gestos admirables de Jesucristo como Líder y Redentor de los hombres, es que ni bien comenzó su ministerio salvador extendió una invitación, un llamado, para que unos humildes pescadores se convirtiesen en sus ayudantes. La tarea del Nazareno era inmensa, gloriosa y de alcances eternos e infinitos; y, sin embargo, Jesús se propuso integrar a la débil familia humana en su cruzada redentora.

Dice el Evangelio según San Mateo que "andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (capítulo 4, versículos 18 y 19).

Este hecho es inaudito. Jesús no escogió ángeles que nunca habían pecado para que lo representasen en esta tierra, sino que llamó a un grupo de seres humanos, a hombres de pasiones iguales a las nuestras, para que fuesen uno con él en la gran obra de salvar a la humanidad. Eran de carácter tosco, de espíritu vengativo, dados a la crítica, orgullosos y ambiciosos. Aunque aparentemente nada los recomendaba para convertirse en aliados de Jesús, el inmaculado Hijo de Dios, fueron escogidos por aquel que veía a las personas no sólo como eran, sino como podían llegar a ser transformadas por su gracia.

El sabía que estos hombres rudos podían ser refinados hasta alcanzar un grado de nobleza insospechable. Se había propuesto transformarlos en pescadores de hombres. Su tarea sería librar de las corrientes del pecado a las almas que clamaban por un Salvador. En su infinito amor y

sabiduría, Jesús comprendió que ellos se convertirían en instrumentos valiosísimos para cumplir su cometido.

¿Cómo respondieron estos hombres al llamado de Jesús? Dice la Escritura: "Entonces ellos dejando al instante las redes, le siguieron" (S. Mateo 4:20). El pasaje, aunque breve, es muy elocuente. Habla de hombres decididos y valientes; hombres que supieron prestar atención a la voz de Jesucristo. Lo dejaron todo para seguirle. No pensemos que se trató de una decisión fácil. Aceptar la invitación de Jesús era encaminarse por una senda incierta. Pero dieron ese paso alentados por aquel que es el Autor y Consumador de la fe, y jamás se arrepintieron de esa decisión. Jesús cumplió primeramente en ellos su gran misión redentora. Los fue transformando, poco a poco, hasta que sus defectos fueron desapareciendo y en su lugar se agigantaron las virtudes que el Señor supo despertar en sus almas. Se convirtieron en hombres poderosos, osados y sumamente útiles para poner en marcha la suprema tarea de predicar el evangelio. El precio que debieron pagar fue la persecución, la burla, la ingratitud y la muerte, pero los nombres de esos pescadores hoy figuran entre los bienaventurados fundadores de la iglesia cristiana, cuya gloria brillará por la eternidad.

En el Evangelio según San Lucas, se describe el encuentro de Jesús con otro hombre, que por su profesión era muy odiado por sus semejantes. Nos referimos a Leví Mateo, el publicano; un cobrador de impuestos que se enriquecía a despecho del odio y resentimiento de los que, de acuerdo a las leyes imperantes, tenían que pagarle los tributos. A este hombre Jesús escogió para que fuese uno de sus seguidores. Dice la Escritura: "Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme" (S. Lucas 5:27). Y agrega el relato: "Y dejándolo todo se levantó y le siguió" (versículo 28). Podemos imaginarnos el asombro de Leví Mateo: ¿Cómo, ¿a mí, un despreciable publicano, se me acerca este Maestro para pedirme que sea su seguidor? Sin embargo, no vaciló; no dudó, ni recordó el negocio lucrativo que iba a cambiar por las pobreza y penurias que entrañaba seguir a Jesucristo. Dejándolo todo, se levantó y siguió al Señor.

¡Qué fuerza impresionante tiene este mandato de Jesús: "Sígueme"! Cuando esa voz penetra en la conciencia y se la escucha y acepta con sinceridad, produce una profunda transformación; el ser entero despierta a nuevas posibilidades. Pero no lo olvidemos; todo aquel que se convierte en un seguidor de Jesús, tiene un precio que pagar. A Mateo

en su riqueza, y a Andrés y Pedro en su pobreza, les llegó la misma prueba. Y cada uno hizo la misma consagración: dejándolo todo siguieron al Maestro. La historia testimonia que hicieron la mejor decisión.

Fue muy distinta, en cambio, la experiencia de aquel hombre conocido como el joven rico. Aparentemente era un excepcional candidato para ser discípulo de Cristo. Culto, rico, noble, ¿qué más pedir? Jesús percibió las posibilidades que este joven tenía para hacer de su vida una verdaderamente útil en favor de los demás. Por eso se dirigió a él y le dijo: "Si quieres ser perfecto, anda vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, y sígueme" (S. Lucas 18:22). La invitación estaba dada: Ven y sígueme. Pero le puso una prueba. Debía vender las posesiones que tenía y entregarlas en favor de los pobres.

La Biblia dice que el joven, oyendo estas palabras, se fue triste porque tenía muchas posesiones. Y así se pierde en el polvo de la historia. Nada más se sabe acerca de él. Aparece en el relato sagrado para reafirmar la enseñanza de que Jesucristo debe ocupar el primer lugar en nuestras vidas. Todo aquello que se interponga entre él y nosotros es un obstáculo para una vida útil. Cada alma es probada para ver si el deseo de los bienes temporales prima sobre el de la comunión con Cristo.

¿Cuál es nuestra actitud hacia Jesús, hacia el llamado que nos extiende?

El personaje tal vez más dramáticamente triste de toda la Biblia aparece en el capítulo 9 del mismo evangelio. Se acercó a Jesús en el camino y le dijo: "Señor, te seguiré adonde quiera que vayas; y Jesús le contestó diciendo: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza" (versículos 57 y 58). Este es el único individuo que según el registro bíblico se ofreció para seguir a Jesús y ser su discípulo. El Señor sabía que este hombre, instruido e influyente, había hecho en forma calculada ese ofrecimiento. Pensaba, más bien, en una posible remuneración temporal, en la gloria que podría obtener al lado de Jesucristo. Por eso Jesús, con toda claridad, le advirtió que su reinado demandaba negación y sacrificio, ya que el Hijo del hombre no tenía siquiera donde recostar la cabeza.

¿Quién era ese personaje? Nada menos que Judas, el que por 30 piezas de plata llegó a vender a su Maestro.

Sí, toda causa noble requiere un precio. Al dirigirse a sus conciudadanos, para implorarles apoyo a fin de evitar la derrota de su país durante la segunda guerra mundial, Winston Churchill les dijo que lo único que tenía para ofrecerles en compensación de sus esfuerzos era sangre, sudor y lágrimas. Parafraseando, podríamos decir que el soldado cristiano debe estar dispuesto a entregar su sangre, o sea su servicio abnegado en favor de Cristo, aunque eso le cueste la vida. Se requiere el sudor de su esfuerzo perseverante, y también las lágrimas del sufrimiento; y, por sobre todo, las que broten de un corazón penitente que se ha consagrado a Jesús.

Jesucristo hoy nos dice a ti y a mí: "Sígueme, sígueme tú. Aunque otros no lo hagan, sígueme tú, de acuerdo al plan que he trazado para tu vida".

Sí, amigo mío, Dios tiene un plan para ti, Dios tiene un plan para mí y para cada persona en esta tierra. El quiere que, conforme a nuestros talentos y nuestras posibilidades, nos convirtamos en fieles servidores de él y de su causa. Vivimos en una hora angustiada en que la lucha entre el bien y el mal ha recrudecido con pavorosa intensidad. Nunca dependieron resultados tan importantes de una generación como la que ahora entra en el escenario de acción. Hoy nos dice Jesús: te necesito para construir un mundo mejor, para que haya mejores hogares, escuelas e iglesias; para que todo corazón sincero sea salvado de la corriente de un mal que todo lo cubre. Se necesitan enfermeros, carpinteros, operarios, maestros, escritores, instrumentos de Dios que dondequiera estén ensalcen el nombre de Jesús, y hagan que brille la luz del evangelio, de ese evangelio que asegura vida eterna a todo aquel que cree en el Señor.

¿Seguiremos al Maestro? "Sígueme", nos dice él. Y especialmente esta invitación el Señor la extiende a la juventud, a ese grupo de señoritas y jóvenes fuertes y sanos que aún tienen la vida por delante y cuyo esfuerzo y talentos son requeridos para que triunfe la causa del bien en esta tierra.

Con toda certeza podemos decir que vale la pena ser cristiano. Siguiendo a Jesucristo no sólo alcanzaremos la paz, el perdón y la redención que necesitan nuestras almas, sino que también pasamos a ser sus colaboradores e instrumentos útiles para que otros puedan tener esperanza. De ese modo nuestra vida tiene plena razón de ser, pues nos proyectamos para la eternidad.

Los discípulos de Jesús, por medio de Pedro, hicieron este planteo: "He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos? Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel, y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna" (S. Mateo 19:27-29).

Amigo mío, que Dios te bendiga; sé un fiel seguidor de Jesús. Que al escuchar la voz del Maestro que te dice: "Sígueme", dejándolo todo, te levantes y le sigas. De esta forma tendrás cien veces tanto en esta tierra y, al fin, alcanzarás la vida eterna.